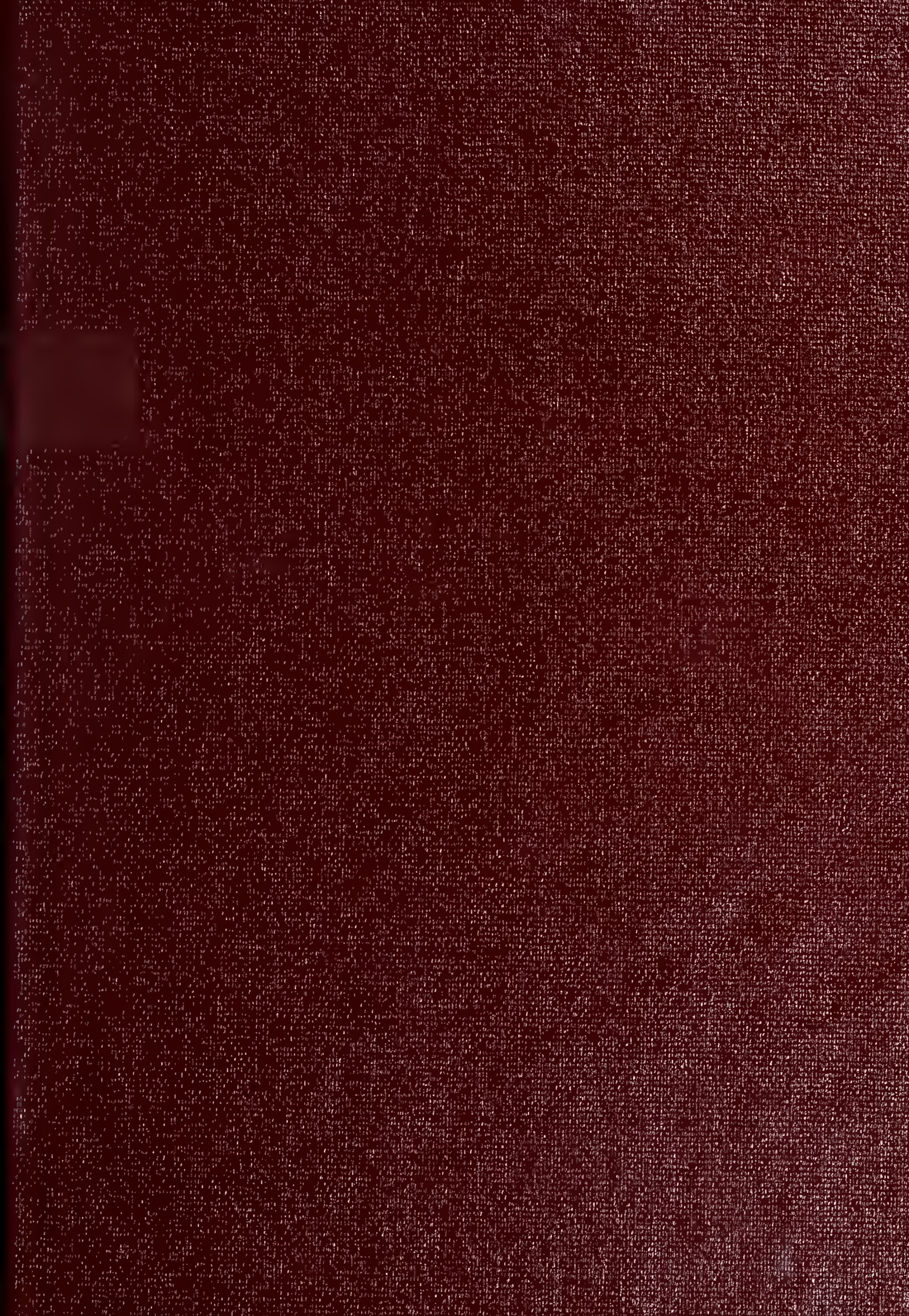



LIBRARY OF PRINCETON
JAN 22 1988
THEOLOGICAL SEMINARY


Venezuela
Misiones
AÑO IV N° 47
CARACAS
DICIEMBRE 1942
Alfonzo

Obra Seráfica de Misas

Para el auxilio de las Misiones Extranjeras de los FF. MM. Capuchinos

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

50 Misiones

400 Estaciones o residencias principales.

1.206 Misioneros Capuchinos.

106 Millones de habitantes en sus misiones

Más de millón y medio de católicos.

15 Seminarios con 400 seminaristas.

2.168 Catequistas

25 Vicariatos Apostólicos.

La Obra Seráfica de las Misas tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles. Fué fundada el año 1889. La han aprobado y bendecido los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XII.

GRACIAS ESPIRITUALES

1ª Participación del fruto de 5.000 misas que cada año celebran los Padres Capuchinos exclusivamente a intención de los bienhechores de sus Misiones.

2ª Participación de 500 misas Conventuales diarias que se celebran en nuestros Conventos por los difuntos y bienhechores de la Orden Capuchina.

3ª Participación en las penitencias y obras practicadas por los mismos Religiosos (que son unos 13.000) y por las Misiones que les están encomendadas.

4ª Indulgencia plenaria y Bendición Apostólica "in artículo mortis".

5ª Indulgencia plenaria en las fiestas siguientes: Epifanía del Señor, Exaltación de la Cruz, Virgen de los Dolores (15 de setiembre) y San Fidel de Sigmaringa (24 de abril).

6ª Indulgencia de 300 días cada vez que se habla algo para ayudar a la Obra Seráfica de Misas.

LIMOSNAS PARA HACERSE PARTICIPE DE LOS BENEFICIOS DE LA OBRA

Los difuntos participan por un año, dándose por ellos la cuota de Bs. 1, y participarán "In perpetuum" si la limosna es de Bs. 6. Cuando se trata de los propios padres difuntos, con esta última limosna se hacen ambos participantes.

Los vivos, dando Bs. 1 de limosna, serán participantes por un solo año; y si dan Bs. 25, lo serán perpetuamente en vida y en muerte.

Para cada una de estas participaciones se entrega al donante una patente, donde consta la inscripción de la persona partícipe de la Obra Seráfica de Misas.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

15 Escuelas de Artes y Oficios.

1.800 Religiosas.

41.000 Terciarias seculares.

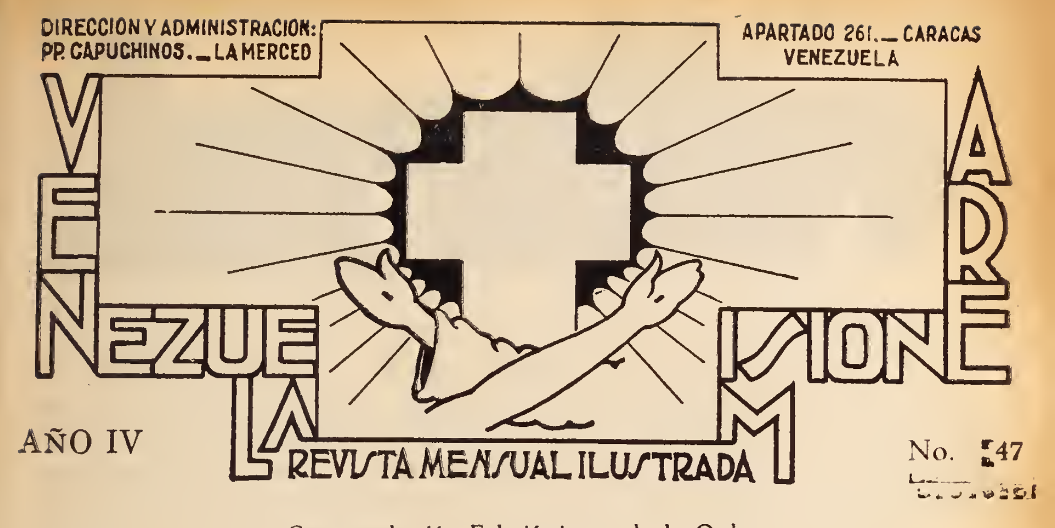
200 Entre Hospitales y orfanotrofios con 8.000 huérfanos.

40 Leproserías

183 Farmacias y boticas.

20 Tipografías

2.171 Escuelas y 119.400 Alumnos (8.000 internos).



Con aprobación Eclesiástica y de la Orden.

DICIEMBRE 1942

COOP. DE ARTES GRAFICAS

PALABRAS QUE LO DICEN TODO

La asociación de la Propagación de la Fe es una obra llena de generosidad y de grandeza, pero al propio tiempo, por un privilegio notable, la obra más fácil de todas. Confesemos, con todo, para ser justos y veraces, que en esta sociedad de celo y de abnegación, la parte de trabajos y de sacrificios, y, si se puede hablar así, la parte de fundación, no es igual para todos los accionistas. Ciertamente, es muy árdua y elevada la empresa voluntariamente aceptada por el intrépido misionero que, dejando patria, amigos, familia, y aun la esperanza de velver a verlos nunca, va, con la sola fe de su misión, a buscar almas a los extremos de la tierra, arrostrando los peligros del mar y de los ríos, los peligros y la angustia de la soledad, los peligros de las bestias de la selva y de los hombres que a veces las superan en ferocidad... Pero mientras esos soldados valerosos de la fe marchan hacia adelante para sostener sus combates, ¿qué se nos pide a nosotros? Se nos pide cada día una oración, la más corta y sencilla de las oraciones, un Padrenuestro, un Avemaría, con una piadosa invocación al apóstol de las indias. Se nos pide cada semana esa pequeña moneda que el pobre no niega al que es más pobre que él.

CARDENAL GIRAUD

ARZOBISPO DE CAMBRAI



El que ha de Venir

Cuando el presente número de nuestra revista llegue a manos de mis lectores, ya estaremos muy cerca de las grandes fiestas de Navidad y en vísperas del Nacimiento del Niño Jesús. Hecho este que se viene recordando hace veinte siglos, y que cada año resulta nuevo e interesante para el creyente, lleno de sublime poesía y de encantos inimitables. Porque ante la cuna de Belén ríe el niño y goza el anciano; se alegra el joven y el hombre agobiado por las hondas preocupaciones de la vida, se siente aliviado del enorme peso que sobre él cae.

Los cielos enviaron al Salvador del mundo, la tierra germinó la más hermosa flor de los valles; el rocío refrescó los campos agostados y el Mesías apareció entre los hombres en medio de una noche oscura y fría de invierno, y en medio de una noche más oscura y más fría de las almas y de los corazones.

Aquella fecha se ha hecho ya clásica en la historia de la humanidad; porque desde entonces acá la luz ilumina las sendas de la vida y los destinos del hombre; las sonrisas de un Niño reclinado en el pesebre alegraron a los mortales en medio de su destierro, y su llanto consoló nuestras penas, y los sufrimientos suyos mitigaron los pesares nuestros.

*Pues bien, **mientras que el pueblo** creyente celebra lleno de júbilo estas fiestas clásicas de Navidad, no nos olvidemos de dirigir la mirada al mundo de la gentilidad, y veremos que aun las tinieblas y sombras de muerte envuelven aquellas regiones, porque Cristo no ha nacido en ellas, a pesar de haber nacido para ellas como para nosotros, ni los suaves rayos de la fe han iluminado el alma de esos gentiles y las dulces enseñanzas del Evangelio tampoco han llegado hasta sus inteligencias.*

Problema es este muy digno de ser estudiado, de ser meditado y de ser puesto a la consideración de nuestro pueblo creyente, para que viéndolo se mueva a prestar la ayuda que necesita y de ese modo pueda ser resuelto cuanto antes.

"El que ha de venir" ya vino, y como dice San Juan en su Evangelio, los suyos no quisieron recibirlo, por lo cual lanzó contra ellos terrible anatema, y se escogió el pueblo de la gentilidad, al que hizo confidente de sus secretos, partícipe de sus gracias y de su amor. Por eso, para nosotros la promesa se convirtió en dulcísima realidad; pero para gran parte del mundo de la gentilidad, la promesa queda aun por cumplir, a pesar de la orden solemne y grande dada por el mismo Jesucristo: Id y predicad.

Pues si la Iglesia desde los primeros días de su existencia puso en práctica esta orden, y los apóstoles y misioneros se han interesado y se interesan grandemente en difundir por todas partes el reino de Cristo, éste adelanta con paso lento, por falta de medios, por carencia de recursos, y más que todo porque los obreros son muy pocos y sus fuerzas muy limitadas.

Son mil millones de almas que permanecen aun, después de veinte siglos, sin conocer ni amar al Mesías que ya nació, sin formar parte de su rebaño y lejos del gran banquete de su gracia. Misterio es este en el que el hombre no puede penetrar; hecho doloroso e inquietante, que puede ser solucionado con un poco de generosidad y de buena voluntad.

"Frente a este misterio, ha escrito un propagandista misional, nosotros los privilegiados del mundo sobrenatural, debemos hacer que se desborde la gratitud de nuestro corazón antes que preguntar a Dios las razones de su providencia. Pero también podemos y debemos investigar lo que ha podido faltar, por parte del hombre, a ese trabajo de evangelización, del cual somos todos nosotros, en cierto grado, los cooperadores".

¿Por qué no hacer un esfuerzo mayor, que poco o nada supone en nosotros, para que "el que ha de venir" llegue cuanto antes a esas regiones de la gentilidad? Es el clamor que incesantemente llega de las más apartadas regiones del mundo pagano; es la voz de los gentiles que quieren entrar en el redil de la Iglesia, es la voz de los celosos misioneros, es el sacrificio grande que cada día hacen estos mensajeros de la verdad y del Evangelio, para que el reino de Dios se extienda hasta los últimos confines de la tierra.

A la vista de este celo de parte de los misioneros y de la necesidad del pueblo gentil en nuestro corazón debe despertarse el más vivo deseo y el más grande interés por ayudar a esta obra máxima tan del agrado de Dios y de tan grande utilidad para las almas.

Lectores y amigos, en las fiestas de Navidad que se avecinan no os olvidéis ante el pesebre de Belén de pedir al Niño Jesús que nazca también cuanto antes en tantos millones de infieles, que aun viven lejos de los suaves rayos de la verdad de su Evangelio.

Fr. ANTONINO Mª DE MADRIDANOS,
O. F. M. Cap.



R. P. Basilio de Barral,
Misionero del Caroní.

Explorando el Campo

SUSCINTA RESEÑA DE MI DESPLAZAMIENTO A LA ZONA DE MEREJINA (BAJO ORINOCO) ORDENADO POR S. E. REVMA. MONSEÑOR CONSTANTINO GOMEZ VILLA, VICARIO APOSTOLICO DEL CARONI, PARA ESTUDIAR LA POSIBILIDAD DE ESTABLECER POR ALLI UNA "REDUCCION" MISIONAL TIPO DE LAS CLASICAS REDUCCIONES DEL CARONI

29 DE NOVIEMBRE — 19 DE DICIEMBRE DE 1941.

I

EN NABA-SANUKA... Salí de Araguaimujo el día 20 de noviembre con el Padre Conrado, aprovechando un viaje que hacía la "Paz y Bien" y "El Catalán" a los "caños".

Dejando atrás el "**Yaguarimabo**" y los caños y rancherías de "**Guarukari**", **Musimurina, Sakupana, Sorubuju, Kuarejoro, Jorubuju, Barakataina, Joruajito, Orinanoko, Yabasaban**, llegamos a **Naba-sanuka** hacia las seis de la tarde.

La llegada de los Padres, como siempre, pone en actividad la ranchería. Los indios saltan de sus chinchorros; dejan sus bohíos y salen todos al "**joisi**" (puente) para decir el "¡**bajukaya, Dima!**" (saludos, Padres!) Pero tuvimos la precaución al desembarcar, de ir primero a saludar al "**Gobenajoro**", cuya casa se encuentra al otro lado del río, para que no se **amoscara** . . Y aun así. . ., al otro dia, domingo, no fué a Misa **por celos**. . . : el eterno niño no puede tragar eso de que el Padre vaya a celebrar a otra casa que no sea la suya. . . . . . Pasamos luego al otro lado para acomodar nuestras cosas; y después de cenar, salimos al puente para tomar el fresco. Había una luna clarísima. Al momento nos rodea un enjambre de niños y de mujeres: querían cantar. Les dijimos algunos cosas y luego empecé a enseñarles cantos de iglesia, repitiéndoles el mismo cientos de veces. Lo admirable para mí era que, por más que les machacaba, ellos no se aburrían. Al fin salieron con el "**Ave, ave, ave, María**" en

castellano, que cantaban ya solos. Ya tarde, los mandé retirar; pues por ellos estarían cantando hasta que saliera el sol...

LA MISA DEL DOMINGO

Lo más interesnte del siguiente día (domingo, 30 de noviembre) fué la Santa Misa. Para ella se reunieron todos los indios de los dos lados del río, a excepción, como dije, del "**Gobenajoro**", resentido por el quítame allá esas pajas de que el Padre no celebraba en su casa.

En el gran rancho, dedicado a escuela, se improvisó el altar sobre dos largas tablas apoyadas sobre dos cajones. A los niños me les puse delante, juntitos y sentados; detrás de ellos, las **madamas** guaraúnas con sus "**nobotos**" (bebés), también sentadas; y detrás, los hombres, de pie.

El Padre Conrado tuvo la Misa. Después de un cántico, empecé, haciéndoles trazar la "señal de la cruz" en guarao. Después, el Padre Nuestro y el Ave, María, también en guarao. A continuación les hice repetir las "**leyes de Dios**", o sea: los Mandamientos, recalcando sobre algunos. Al Credo, todos lo rezaron, repitiéndolo conmigo en guarao: "**Nome ine abaya Dioso ja; Dioso isaka jisamuka, Dimaida nonaturu**"... etc., etc..." Después, un canto y luego una lección de Catecismo. Concluída la Santa Misa, todos vuelven a rezar, repitiendo conmigo las oraciones en guarao y reciben la bendición y la orden de marcharse. "El otro Padre va a celebrar ahora; como vosotros estaréis cansados, podeis marcharos a hacer la comida..." A pesar de esta orden, las indias y niños se quedaron todos; los indios, la mayor parte, hasta el final en que vinieron a sentarse al rededor de mí, mientras daba gracias.

LOS ARAGUABISEROS

Pocos minutos después de terminada la Misa, llegó una curiara de indios de la "**Boca de Araguabisi**" con su "**Gobenajoro**" Luis Jiménez. Una de las mujeres de éste se había muerto de parto; y (como siempre) se les metió en la mollera que había sido por embrujamiento. El mismo "**Gobenajoro**" subió a Araguaimujo a pedirle al Padre permiso para matar a todos los "joarotus" (brujos); o si no, darles una paliza que murieran de ella (que en resumidas cuentas venía a ser lo mismo)... Cuando regresábamos con Monseñor en la "Paz y Bien" de la excursión que habíamos hecho por las **barras** y **caños** del Bajo Delta, nos tropezamos con un entierro... En el fondo de una gran curiara llebavan el cadáver de una india principal entre el acompañamiento de unos quince indios, niños, mujeres y hombres, los cuales formaban un gran alboroto lúgubre con sus lloros, gritos y lamentos rituales. La muerta era la esposa **principal** del antedicho gobernador guaraúno. Después de consolarlos lo mejor que pudimos, cuando ya maniobraban los canaletes para proseguir río abajo, uno de los mocetones que iban de pie en medio de la curiara, fumando grandes "**güinas**" para ahuyentar a los malos espíritus..., levanta el brazo; y, dirigiéndose a mí, me dice a voz en cuello: —"Padre, es que allá abajo hay mucho brujo que están matando a todos los guaraos. Hay que matarlos a todos antes de que ellos acaben con nosotros".

Después de hacer el entierro, prepararon el "guarapo" o fiesta de funeral (velorio le llaman los criollos). Y se había corrido la voz de que en ese "guarajo" se iba a vapulear de pronóstico el único "joarotu" que quedaba en la ranchería, lo que sabido por el P. Rodrigo, dió orden al Capitán Poblador para que avisase a "**araguaviseros**" que tuvieran cuidado de que hubiera orden en el "**guarapo**" y que se guardasen de molestar a nadie; porque "el que pega, paga..." Ese fué el motivo de la ida a **Naba-sanuka** de los "araguaviseros": saludar al Capitán Poblador y pedirle que él mismo pasase a su ranchería para arreglar aquel entuerto que ellos juzgaban inarreglable, si no se les permitía matar o si no desterrar para el fin del mundo al infeliz piache.

Como el Capitán Poblador estaba ausente, la "**monikata**" (pleito) la tuve que oir y resolver yo mismo. Inútil que les predicase sobre la necedad de esas supersticiones... A su mujer la había matado el brujo; y a ese brujo había que matarlo o desterrarlo: "**Tuatanajakore, Karaka yata jabata inatabat-ine**", porque si no haceis esto, yo **mandaré una carta a Caracas**..., repetía el indio con un aplomo tal, que cualquiera pensaría que sabía escribir. —"Ese viejo Rafael es malísimo (prosegía el indio); echa sangre por la boca (estaba tuberculoso) y esa sangre es el exceso de brujería que le rebosaba por la boca"...

—Pero Rafael es ya muy viejo y se morirá pronto, le replico yo.

—Qué va, Padre; ese viejo no muere **nunca**; echa sangre para embrujar a la gente y luego se vuelve a poner bueno otra vez. Hay que matarlo... ¡Pobres indios...!

Por fin quedamos en que iría el Capitán Poblador y arreglaría todo. A la vuelta de mi viaje, me han informado que por fin Luis Jiménez ha propinado su anhelada paliza al infeliz piache. Para dársela con fundamento, primero la preguntó: —Dime la verdad: ¿has sido tú o no el que mataste a mi mujer? Dime la verdad y no te haré nada.

El viejo respondió que sí había sido él quien la había embrujado. — "Sí, ¿eh? Pues ahora las vas a pagar todas". Lo amarró ,lo colgó y lo zurró de lo lindo, hasta dejarlo casi moribundo, según nos han informado.

EL GUARAPO.

A las diez regresó el Padre Conrado con la lancha y yo me quedé. En la ranchería más próxima tenían un "**Kasiri**" y los indios se fueron todos, quedándome yo solito hasta la noche en que, terminada la fiesta, regresó la gente. Tuve tentación de llegarme allá para sacar unas fotografías y escuchar los cánticos; pero, sabiendo de antemano los desórdenes que en esos "**kasiris**" se cometen, no me atreví por no dar la sensación de que los autorizaba con mi presencia. Pronto supe por unas niñas indias que todos se habían emborrachado y caído, incluso el maestro y la maestra de **Naba-sanuka**... Al regreso todos volvían alegres, alumbrados; pero sobre todo cinco mujeres traían una "jumera" de banderillas. Parecían cinco locas. Tres de ellas no tenían marido, una porque se le había muerto y las otras dos porque vivían separadas de ellos. Su tema invariable era éste: —"**ma nibora equida; iji makuare, nibora tane**"; (yo no tengo marido; vente tú conmigo como marido). Así le decían a Jenaro. En estas cinco borrachas y en ese tema único de sus cantos veía yo el campo de inmoralidades a que conducen directamente estas bacanales o "**kasiris**" de los indios, tan difíciles de extinguir y que es de primera necesidad el acabar con ellas. Gracias a Dios, como si estuvieran en sus cabales, a mí no me faltaron al respeto en nada. La que más gracia me hacía era una vieja; vieja, pero fresca y bien repintada de onoto. Esta vieja "**juma**" se sentó cerca de mí y empezó a cantar; y a cada paso echaba una grito estentóreo. ¡iiiiiiii...!; parecía una chicharra. Después se marcharon todos a sus casas y poco a poco se fueron calmando; pero la vieja se pasó toda la santa noche cantando y echando sus "**aturuxos**"...

II

OSIBUKAJUNOKO...

El lunes a media mañana salí con tres indios para **Tobeguaba-noko**, a donde llegamos por un **ataisi** (atajo) después de tres horas de canalete. Es la ranchería de Aniceto en el caño **Sakupana**. Allí nos encontramos con una partida de los indios de **Osibukaju-noko**" y su capitán José Rico, piache de primera categoría. Acababan de hacer



Mons. Constantino Gómez y el P. Basilio en el Caserío de Merejina.

los funerales al que fué capitán de **Kanaima**, cuyo cadáver habían ido a enterrar a la isla de "**Borojo-ida**", como acostumbran en aquella región, (por ser la única tierra alta). La muerte del de **Kanaima** se la atribuían (como siempre) al **flecheo**. Y como **flechador** (brujo) señalaban todos a José Rico. Allí mismo me lo hubieran dicho, si no fuera por la presencia del interesado; pues si llegan a decirle algo ¡pobre de ellos!...

Después de comer un poco de arroz sin sal que allí me prepararon, proseguimos el viaje: los "**nebus**" (mozos) de **Naba-sanuka** regresaron a su ranchería; yo con los de "**Osibu-kaju-noko**" seguimos hacia esta última, a donde llegamos a la caída de la tarde. Los indios se mostraron de lo más cariñosos desde un principio. Son de los que espontáneamente se presentaron a la Misión diciendo que ellos ya estaban cansados de trabajar con **encomenderos**, los que no habían hecho más que explotarlos; y que se querían poner directamente bajo la protección de los Misioneros, sus verdaderos "**dimagüitu**"..., papás. Con estos indios permanecí tres días.

IMPRESIONES Y OBSERVACIONES

Como observaciones especiales de mi permanencia en esta ranchería, consignaré las siguientes:

1ª) **La infantilidad indígena.** Los indios son siempre niños: unos niños grandes... Con razón han sido siempre considerados como menores... Era de admirar cómo unas mocetonas, como si fueran niñas, se acercaban a mí cuando me ponía a comer.

—¿Queréis algo?

—Sí, Padre; queremos arroz.

Y ahí tenéis a un grupo de "ibomas", (como quien dice señoritas) echando a una esquina todas las zarandajas de la etiqueta y arrebañando con los diez dedos de sus manos mi plato de arroz, que por dárselo, me lo restaba yo de mi comida. Y de estas infantilidades, otras mil.

2ª **La libertad y desenvolutra en el hablar de los niños y niñas.** ¡Qué cosas oía yo de boca de niñitas de cinco años, que parecían unos angelitos y que de hecho lo eran; pues en ellos todo aquello que decían no era falta ninguna.

3ª) Pero para mi alma el gran encanto era el silencio sepulcral, el respeto con que asistían a la Santa Misa; la atención con que escuchaban sin pestañear la palabra de Dios; la sencillez candorosa con que todos, los "**idamatuma**"; las "**tajutuma**"; las "**ibomamo**" y los "**nemokomoko**" repetían las oraciones y todo cuanto yo les mandaba. En ninguna parte había visto hasta entonces tánta docilidad, sobre todo en los hombres, mozos y viejos. Parece que se les veía el hambre de aprender. Les canté mucho, aunque estaba acatarrado y les enseñé algún canto. Al darles la bendición y despedirlos, todos marchaban llenos de alegría, diciendo: "**Tana nome yakera**"; así sí que está bien, decían todos. "**Yakerabitu**"...!, recalcaba con énfasis otro "**idano**" (viejo). "**Dima yakera** tay"; buen Padre es éste, remachaba otro.

Yo me gozaba oyéndolos; y me decía: morded, morded el cebo, con tal de que caigais en el anzuelo.

Con grandísimas esperanzas para un próximo futuro muy feliz y muy misionero en este caserío indígena, que ya puse bajo la protección de la Santísima Virgen de los Dolores, salí para **Kuamuju** el sábado, seis, después del mediodia.

Antes les había dado varias órdenes. 1ª—La necesidad de derruir por completo la ranchería y hacerla nueva de punta a punta. Les dí las normas y les hice una especie de plano en el cual, además de las casas de los indios, el aserradero y el "**bamutanoko**" o saladero de pescado, van incluídas la capilla, la casa del Padre para cuando pase por allí y la escuela. Ellos me dijeron que las obras las empezarían dentro de dos semanas, tan pronto como terminasen de aserrar unas trozas que les había encargado de Araguaimujo. 2ª—Pero como la época de hacer las talas para las siembras de arroz ya estaba encima, yo les mandé que dejasen para después de terminadas éstas, las obras de la nueva ranchería y se pusieron de inmediato a talar como unas doce hectáreas de terreno virgen al otro lado del río, enfrente mismo de la ranchería. Que cuando terminasen las talas, avisasen al Padre, a fin de que él viniera a dirigirles las obras de las casas. En esto quedaron todos convenidos y contentos.

Fr. Basilio de Barral.
Mis. Apost. del Caroní. O. F. M. Cap.

(Continuará).

Cuentos y Tradiciones

- - - - - - - - - de los Indios Guaraúnos

DAJE, JOMACABA SANUCA YABAQUITANE NARIACORE, DACA DAU AISICO NAE

De cómo un indio, cuando iba a pescar pescados pequeños, mató con un palo a su hermanito menor.

En una ranchería vivían dos hermanos y estaban algo resentidos. En cierta ocasión dijo el mayor al menor: Vamos a coger pescados pequeños a una laguna que queda cerca en el monte.

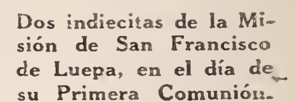
Salieron los dos en dirección de la laguna. Cuando estaban algo adentro de la montaña, dijo el mayor al menor: Párate ahí un momento, mirando para adelante. (Lo mandó ponerse de espaldas, para no ver lo que hacía). El menor obedeció. Mientras tanto el otro fué a cortar un palo y cuando volvió le dió con él a su hermano un golpe tan fuerte en el cuello, que lo dejó muerto en el acto, y lo derribó a tierra desplomado.

El mayor lo enterró allí mismo a toda prisa, puso encima unas palmas de moriche que allí había y regresó a la casa, contando a la gente una mentira; pues les dijo que a su hermano lo había comido un tigre dentro de la montaña.

Los indios, picados de la curiosidad, salieron a ver el lugar donde había sucedido ese percance, y llevaron con ellos al criminal para que les mostrase el camino.

Cuando llegaron al lugar donde le había asestado el golpe, el hermano del difunto cortó un poco de yerba ensangrentada y se la mostró a los otros diciendo: Miren la sangre, aquí lo mató el tigre. Pero mientras la gente miraba aquel manojo de yerbas ensangrentadas, una india fué siguiendo el rastro de las gotas de sangre, hasta que un poco más adelante vió los





Dos indiecitas de la Misión de San Francisco de Luepa, en el día de su Primera Comunión.

pies del cadáver que habían quedado afuera; pues como el indio lo enterró tan a prisa no se dió cuenta de que habían quedado los pies descubiertos.

La india horrorizada dió un grito. Acudieron todos a donde ella estaba, y al ver los pies del indio muerto, se convencieron de que aquello no era asunto de tigres, sino que el propio indio había dado muerte a su hermano menor.

Las indias se enfurecieron contra él y le decían: ¿Por qué tú dices mentiras? ¿Por qué mataste a tu hermanito?

El criminal, al verse descubierto, sin decir una palabra, echó a correr por el monte. Después de una larga jornada encontró una casita. Como estaba muy cansado entró y dijo a sus moradores: Voy para mi casa y no tengo comida; quiero que me deis un poco de comer. Después que comió, se dió de nuevo a la fuga.

Los que quedaron detrás lo seguían para matarlo. No fué preciso que lo alcanzaran; pues cuando iba muy fatigado en plena montaña, le salió un tigre al camino y lo comió.

POR HABER DICHO QUE A SU HERMANO LO HABIA COMIDO UN TIGRE, FUE UN TIGRE EL QUE LO MATO A EL Y LO COMIO.

ANOTACIONES:

Dado el espíritu de familia que existe entre los indios, fácilmente se comprenderá que la finalidad de esta narración es detestar el fratricidio. La consecuencia final es que aquellos que maten a sus hermanos serán devorados por algún tigre cuando salgan por el monte.

El modo astuto cómo el indio mató a su hermano, el entierro tan apresurado, los pies descubiertos del cadáver, la curiosidad de las indias y la reprensión tan amarga que dieron al criminal, son pinceladas que retratan vivamente el desarrollo de esta escena macabra.

Fr. Alvaro Mª de Espinosa,
Mis. Apost. Cap.

(Prohibida la reproducción).

COMO ESE MONJE

—¿Y eso es cierto, madre?...

—¿Qué, hijo?...

—Lo de ese Carlos de Foucauld, el francés que sepultó su vida en las arideces del Sahara?...

—No ha de serlo... Es cierto y es hermoso. Un heroísmo más sobre los muchos que cuenta el cristianismo...

No dijo más Alberto. Un sonoro beso en la frente de la madre. Y al colegio se fué, ligero y alegre como un pajarillo de los que bañándose estaban en el surtidor del jardín. El surtidor que descorría al sol el airón de plata de sus aguas frescas...

Y la mamá lo vió ir al hijo de sus entrañas tan guapo y tan puro...

La belleza de la vida la sentía él, Alberto, con sus catorce años... La belleza de la vida que se le venía encima... Ligera como una ola. Coronada con la espuma de esperanzas e ilusiones...

¿Qué iba a hacer él de su vida?... Esa vida tan suya y tan hermosa... A la vera de sus catorce años medraban tántos compañeros: Juan, aquel de los ojos azules que anhelaba ser militar, con charreteras y espada al cinto. Luis, un tanto soñador, que pensaba escribir muchos libros que le diesen nombre y fama... Antonio, el apasionado de las fórmulas algebraicas... Y tántos, tantísimos otros que no sabía él qué querían... Quizá lo tenían todo porque tenían una bicicleta, porque iban al cine todas las noches... Y por estos últimos tuvo Alberto un sentimiento de lástima... ¿Por qué?...

Y él... Sólo sabía que torturaba su corazón un anhelo de infinito, una sed ardiente de cosas grandes... Y que a veces tenía sueños. Unos sueños albos como las parábolas de Jesús...

Y nada más...

A las ocho de la mañana la esquina de Jesuítas parece un árbol en primavera. Porque los árboles en primavera se pueblan de trinos y aleteos, y a las ocho de la mañana la esquina de Jesuítas vibra con risas frescas y alegres, con voces claras y diáfanas... Es la muchachada bulliciosa que va al San Ignacio. El edificio que tiene rejas de austeridad con la sencillez de sus líneas modernas, ágiles y serias, y lumbres de colmena y madreperla. De colmena... Porque allí esa juventud ardiente se da como un enjambre a la noble labor de formar un panal: el del saber. Y de madreperla... Porque dicen que con los albores de la aurora sube la madreperla a la espuma de las olas. Guarda en sus entrañas una gota de rocío, y se vuelve a las profundidades del mar. A troquelar en silencio la belleza de la perla... Y el San Ignacio, cuando pone el sol su primer beso en las faldas del Avila, abre sus puertas a la invasión alegre de los colegiales. Y con ellas ciérrase de nuevo austero y recio. A troquelar —piedras preciosas— los corazones y

las inteligencias de esos jóvenes... Y a las ocho de la mañana entróse Alberto por los corredores del Colegio, amplios corredores familiares... Y como a un viejo amigo llegóse a su pupitre. El lustroso pupitre que había visto pasar tantas generaciones... Le esperaba Ovidio, el poeta de los versos cincelados y pulcros... Allá, en aquello de Faetonte...

Pero a él, Alberto, le obsesionaba otra idea... Aquello era cierto, lo de Carlos de Foucauld. El misionero de las arideces ardientes del Sahara...

Ya él lo veía. Con su hábito blanco... Con su barba luenga. Con sus ojos azules que quizá tenían destellos de infinito... Del infinito del cielo, del infinito del desierto... Y veía cómo se llegaban a él los beduinos. Los hombres aquellos ariscos y bravíos. Y hacían amistad con el monje blanco. Y el monje blanco, como un relente mañanero dejaba caer la suavidad de sus palabras en las almas tostadas. Como las arenas del Sahara... Y enlazado con este surgió otro espectáculo en su mente soñadora...

El de una tierra hermosa. De ríos inmensos, de llanuras abiertas, de selvas impenetrables. Tierra tendida en los confines de la Patria. Tierra de promisión. En su entraña escondidas ricas venas de oro. En su extensión dispersas —diamantes en yermo— muchas almas...

Y operarios de esa heredad inmensa unos pocos misioneros. De luengas barbas, de ojos azules... Como el monje del Sahara... Venidos todos de lejanas tierras. De la Castilla del Cid, vieja y heroica... Pero eran pocos .. Y hacían falta más...

Y en las ciudades tántos jóvenes. Con una vida muy suya y muy hermosa. Con una vida que les empezaba... Sin saber qué hacer de ella...

Y aquí abrió Alberto a Ovidio, allá, en lo de Faetonte. Y tropezaron sus ojos soñadores con estos versos dolientes del poeta latino:

"Hic situs est Phaeton, currus auriga paterni

Quem si non tenuit, magnis tamen excidit ausis..."

Y en su mente surgió, como un idilio, Carlos de Foucauld. El monje blanco del Sahara cargado de misterios y arideces, con sus hombres hoscos y bravíos...

Y surgieron también las tierras nuestras. Cargadas de aromas y esperanzas. Con sus indios bronceados y bonachones. Los que piden casi a gritos bálsamo de amor y caridad.

Y surgió también un monje de luengas barbas blancas, barbas de almendro en flor. Majestuoso y dulce. Parecía desprendido de una página bíblica... Si sería ese monje la realidad de un ideal... Si esas barbas blancas serían la realidad de unos sueños albos como las parábolas de Jesús...

Y Alberto se inclinó. Y leyó de nuevo. Magnis tamen excidit ausis... Lejos de todos... Como el monje que tenía en los ojos destellos de infinito... Del infinito del cielo, del infinito del desierto... Ir a poner su vida al servicio de un gran ideal... Morir muy lejos...

Y al volver del Colegio se fué quedo a su madre y le susurró al oído, en un murmullo tímido como de plegaria:

—MADRE, QUIERO SER MISIONERO...

ECCIO ROJO.
Seminarista



VENEZUELA MISIONERA saluda muy atentamente a los dos nuevos compañeros de trabajo y apostolado llegados de la Madre Patria. Son ellos: R. P. Augusto de Villalquite y Fr. Martín de Lucillo.

AÑORANZAS Y DESVELOS

Era una Pastora
bella y agraciada,
la más santa y pura,
con la tez rosada.
Cándidas ovejas
alegre guardaba;
mas eran muy pocas
y quiso aumentarlas.
Un día dejó
allá en su majada
las fieles; fué en busca
de otras descarriadas.
En su ausencia el lobo
el redil asalta
y lleva cautiva
la oveja mimada.
Vertieron los cielos
lágrimas amargas,
el bosque tendió
su yerba agostada.
¡Triste la natura
llora nueva infausta!
... ...
Volvió la Pastora...
su ovejita falta...
y llora perdida
su prenda adorada.
Ya corre la selva,
entre llanto y lástima,
y en la floresta
pregunta y clama:
"Montes anchurosos,
selvas intrincadas,
arroyos que suaves,
por entre estas ramas,
deslizando vais
vuestras claras aguas:
bellos pajarillos,
que en las verdes ramas,
alegres cantais
a Dios alabanzas;
otra vez ya vuelven
a pisar mis plantas
la selva y los valles
que antes dejara.
Yo soy la Pastora
que con alabanza
en vuestras riberas
alegre guardaba
cándidas ovejas,
de muy blanca lana,
belleza y encantos
de quien las miraba.

Mas ¡ay! triste vuelvo,
porque la más blanca
huyó del redil
¡ciega y engañada!
¡Ovejita mía!
¿Por qué fascinada
huiste de casa
de tu Pastorcita
que tánto te amaba?
¡Ay! desde tu huida
me anegan las lágrimas,
mis contentos todos
convierto en amargas
penas que dividen
las fibras del alma.
Vuelve, mi ovejita,
vuelve a tu majada,
que yo mucho te amo.
Florida guirnalda
en tu sien pondré
y tiernas palabras
oirás de mis labios,
no quejas amargas.
Deja gozos vanos,
vuélvete a mi casa,
te daré mis brazos,
¡ay! cuánto te tardas".
... ...
Pasaron los días
de aljófar y escarcha;
se fueron los soles,
rosas perfumadas
dejaron sus pétalos,
corolas ufanas,
y en la selva umbrosa
y triste cabaña,
no se vió el contento
que antes reinara.
¡Ay! yacen muy solas
y en tristeza tanta...
No volvió al redil
la ovejita blanca;
vierte la Pastora
lágrimas amargas.
No tiene consuelo...
huyó su ovejita
su ovejita amada...

Fr. PABLO DE ALEJE,
O. F. M. Cap.

Un Batracio con Erisipela

Los comienzos de toda obra son, por lo común, penosos y difíciles. Aplicado este principio a las obras misionales, aumentan las dificultades en grado superlativo. Los trabajos del misionero, al fundar una nueva Misión, no pueden debidamente ponderarse. A veces tienen que vivir dos o más misioneros en un rancho pequeño, que les sirve de dormitorio, capilla, comedor y sala de recreo, soportando la plaga del zancudo durante la noche y los abrasadores rayos del sol durante el día. El aislamiento, la falta de vías de comunicación y la absoluta carencia de provisiones, ropas, medicinas y recursos, los obligan a echar mano de los medios y remedios más repugnantes y asquerosos, si no quiere dejarse morir.

Hallábase gravemente enfermo en San José de Amacuro el Hno. Casimiro de Paredes con una terrible erisipela. Asistíale con caridad y solicitud maternales el R. P. Bonifacio de Olea, quien sufría, careciendo como carecía de algún remedio eficaz.

Había oído decir el P. a los indios y criollos de aquellos contornos que era muy bueno coger un sapo y frotar la panza de éste con la parte más dolorida y atacada de la erisipela. Lleno de caridad el P. Olea y apelando al último recurso, busca solícitamente al inmundo animal, coge el más grande que halla y, no sin grande repugnacia, frota durante largo rato las partes más afectadas del paciente.

El remedio obró tan eficazmente, que el Hno. sintió muy pronta mejoría, pasando la enfermedad al inmundo batracio, que víctima de la erisipela, abrió la boca, entornó los ojos, estiró la pata y murió repentinamente entre violentas convulsiones.

Fr. Gaspar Ma. de Pinilla.



Tipo indígena de la región de Kamarata, recorrida últimamente por los RR. PP. Cesáreo de Armellada y Eulogio de Villarrín.

EN EXCURSION APOSTOLICA

I

El celo ardiente de nuestro amado Vicario Apostólico, Mons. C. Gómez Villa, el deseo de que el reino de Dios se extienda hasta los últimos confines del Vicariato del Caroní y el interés de que los misioneros conozcamos, no sólo de oídas sino de vista, sus ovejas y de recorrer los puntos donde hay más número de indígenas para agruparlos, y si es posible, fundar nuevos centros misionales, estos fueron los principales móviles de la Excursión que emprendimos en el pasado mes de marzo y que yo intento contar a mis lectores.

PUNTOS QUE DEBIAN SER VISITADOS:

Las regiones de Kamarata y Urimán; el Karoní desde la boca de este último río hasta Tiriká, y las cuencas del Tiriká y Karuai, —vulgarmente Uon-ken y erróneamente Bonguén— eran los puntos que entraban en nuestro programa de visita misional.

Los elegidos para esta excursión fueron el R. P. Cesáreo de Armellada, que por aquellas kalendas andaba en diligencias con el fin de imprimir la Gramática de la lengua Pemón, y el que suscribe, residente en San Francisco de Luepa, nuestro punto de partida.

LOS PREPARATIVOS:

Después de haber trazado el plan del viaje, que según nuestros cálculos, nos duraría unos dos meses, la primera diligencia fué conseguir los indios que nos acompañasen y nos ayudasen a llevar las cargas. A falta de teléfono y de otros medios de comunicación, alistamos las piernas para hacer una jornada de 40 Kms. al caserío de Chikadan-te, que es el lugar donde hay más indios agrupados.

Las jornadas se harían no por carreteras ni siquiera por caminos bien trazados, sino por unas picas hechas por los mismos indios sin prever que por allí había de pasar otro ser viviente de mayor talla que ellos. Teníamos que llevar provisiones de boca, ya que aquellas comarcas, nada tienen de tierra de promisión y sí son sin provisión; y sin combustible seguro la máquina humana no puede marchar con seguridad.



Topografía de la Gran Sabana al oeste de Luepa.

Compañera obligada en estos viajes es la hamaca, lugar de nuestro descanso, a falta de mullido lecho de plumas. En el programa entraban también algunos remedios de absoluta necesidad en estos parajes: piezas de tela, machetes, cuchillos, etc., etc., para ejercitar la caridad y la misericordia con los indios desnudos, y que por otra parte nunca se cansan de pedir; algunas mudas de ropa y todos los elementos necesarios para poder celebrar la Santa Misa. Llevábamos nuestra pobre humanidad, aunque no bien curtida, pero siempre a la orden para aguantar las picaduras de zancudos, garrapatas y otros insectos, que si no meten tanto miedo como el tigre y las culebras, no por eso son menos molestos.

EN MARCHA:

Distribuidas equitativamente las cargas, encomendándonos a Dios y colocados bajo la protección de San Rafael Arcángel, nos pusimos en marcha. Los niños y las niñas del Internado de la Misión nos acompañaron durante algún tiempo, y llegada la hora de la separación, lo hicieron con lágrimas en los ojos, cual si nunca más volvieran a vernos. En tres horas, más largas que cortas, nos pusimos en el hato de Chinadai, donde descansamos

la primera noche; digo descansamos, porque el acompañamiento de los animales, no nos dejó dormir. Amanecimos al día siguiente con ganas de caminar y en seis horas nos pusimos en Kavana-yen. Allí nos detuvimos, matamos el hambre con casabe acompañado del sabroso y picante cumache. En un rancho, que se caía de viejo y bien ventilado por los cuatro costados, pasamos tranquilamente la noche. El P. Cesáreo para aprovechar el tiempo entretuvo a los indiecitos con historias edificantes y chistosos cuentos, que les refería en su misma lengua. Los indígenas celebraban las gracias y se reían a más no poder. De tal suerte se encariñaron con los Misioneros, que no querían marchásemos; pero les dimos esperanzas de volver en otra oportunidad.

CAMINO DE KARUAI:

Celebrada la santa misa, y habiendo asegurado el pecho, como dicen los brasileros, reanudamos el viaje hasta llegar al río Karuai. Aprovechamos un rancho viejo y malo y en él nos acomodamos, ya que al día siguiente era Domingo de Ramos. Los indios acompañantes colgaron sus hamacas en el monte vecino y al calorcito de las fogatas durmieron como unos benditos.

DIA DE RAMOS:

Ese día no quisimos continuar el viaje. Los indios después de haber oído misa, se entretuieron en su diversión favorita, la caza y la pesca; aunque a decir verdad, no estuvieron muy afortunados, pues sólo consiguieron un pájaro y unos pequeños peces. Nosotros también aprovechamos el día en nuestros rezos, defendiéndonos de los aguaceros y descifrando algunos rompecabezas de los indios, que ellos llaman *Piaima tamatipue,* hechos con unas varitas, que ponen en los caminos para que Piaima se entretenga en descifrarlos y no les haga ningún mal.

VIDA POR LA MONTAÑA:

El lunes reanudamos nuestro viaje y a la hora y media ya nos internábamos en la montaña por donde continuaríamos toda la excursión. Doce ríos tuvimos que atravesar, y quebradas sin número, a veces por palos, a veces con el agua hasta las rodillas.

Nuestra vida por estas selvas de ordinario era en esta forma: Nos levantábamos a eso de las cuatro, para hacer nuestros rezos y celebrar la

santa misa. Mientras tanto el cocinero calentaba el desayuno, consistente en un palo a pique, arroz y frijoles. Los indios aprovechaban el tiempo cazando por el monte; algunas veces nos sorprendieron con paujíes, que con arroz y frijol, sabían a maná bajado del cielo. Terminado el desayuno, reanudábamos la marcha, atravesando ríos y quebradas, subiendo y bajando empinados y resbaladizos cerros. Y cuando por algún resquicio de la selva penetraba algún rayo del sol, nos deteníamos para descansar y aprovechar aquella bendición de Dios. A las doce más o menos hacíamos alto en la marcha, almorzábamos con un poco de casabe, carne asada y guarapo caliente. Luego seguíamos nuestro viaje hasta cerca de las cuatro de la tarde, hora en que nos deteníamos para preparar el rancho de palmas. A la puesta del sol, la comida, rezo del santo rosario, con las oraciones de la noche y, a descansar, se ha dicho.

Lo peor que encontramos en toda esta excursión fué un cerro donde habían prendido candela y los árboles estaban derribados, teniendo nosotros que saltar de palo en palo como monos. En esos puntos también nos vimos muy acompañados de garrapatas diminutas, que los indios llaman Kananapán, las que, por hacernos compañía, se pegaban de nuestra piel, de modo que nos hacían ver las estrellas.

El jueves santo llegamos, al caer de la tarde, a una lomita donde tiene su rancho y conuco un indio, llamado Faustino. El lugar se denomina *Arauai* y es de lo más pintoresco. Desde allí pudimos apreciar la extensa montaña que habíamos atra-



Saltao del río Carrao cerca de su desembocadura en el río Caron

vesado, los empinados cerros de la sierra Aparamantepui, las cuestas del Carrao y el soberbio Auyantepui. En cuatro horas y media por pendientes muy bruscas y por enmarañados caminos, con un sol abrasador, llegamos al río Akanán, límite de la montaña y la sabana de Kamarata. Por ser tiempo de verano el río estaba muy bajo, de modo que pudimos vadearlo con el agua hasta las rodillas.

Fr. Eulogio de Villarrín,
Mis. Capuchino.

(Continuará).

De las Antiguas Misiones

El Padre Andújar, Misionero de los Llanos y Maestro de Bolívar

Al cumplirse este año el Centenario de la traslación de los restos del Libertador desde Santa Marta a Caracas, juzgamos oportuno dar a conocer algunos datos biográficos, hasta ahora inéditos, del P. Fr. Francisco de Andújar, Misionero de Los Llanos y uno de los maestros de Bolivar.

Nos han sido facilitados por el acucioso historiador y hermano nuestro en religión R. P. Cipriano de Utrera, a quien tuvimos el gusto de sorprender, en meses pasados, entre los viejos legajos del famoso Archivo de Indias de Sevilla, en el que realiza pacientemente, desde hace años, valiosas investigaciones sobre la historia misional de América, especialmente de Venezuela.

Según esos datos, el P. Andújar fué hijo legítimo de don Miguel Alonso Ravé y de doña María José de la Concepción Berdura, quienes gozaban "del fuero y privilegio de hijosdalgo", y nació en la ciudad de Andújar en octubre de 1760.

Ingresó en la Orden Seráfico-Capuchina el 7 de noviembre de 1777, haciendo su profesión religiosa el 8 del mismo mes al año siguiente.

Así consta en los documentos que copiamos a continuación:

"Partida del Hno. fr. Francisco de Andújar, chorista.

"Viernes día 7 de noviembre de 1777 entre cuatro y cinco de la tarde tomó nuestro Santo Hábito para Chorista el Hno. fr. Francisco de Andújar, en este Convento de Capuchinos de Santas Justa y Rufina, de esta Ciudad de Sevilla, de edad de 17 años y 15 días, de mano del P. fr. Vicente de Antequera, Maestro de Novicios, siendo Provincial N. M. R. P. Gerónimo de Almonaster, exLector de Sagrada Tholeogia. —Llamabase en el siglo Francisco de Paula Ravé y Berdura, hijo legitimo de don Miguel Alonso Ravé, natural de Cordoba, y de doña María Josef de la Concepción Berdura, natural de Andújar, Obispado de Jaen, vecinos de la ciudad de Andújar: y por verdad lo firmé en dicho Convento, día, mes y año ut supra.

Fr. Vicente de Antequera".

(Libro de tomas de habito, folio 265, n. 964).

En el "Libro de Profesiones desde 1733" (fol. 24 vto.) a los datos enumerados arriba, se añade a la letra:

"Profesó a las diez y media de la mañana del día ocho del mes de noviembre, en manos del P. fr. Vicente de Antequera, Predicador y Maestro de Novicios,

siendo Provincial de esta Provincia N. M. R. P. Gerónimo de Almonaster, ex-Lector de Sagrada Theologia, y Guardian de dicho Convento el R. P. fr. Domingo de Benaocaz, exLector de Theologia".

Una de las declaraciones del expediente hecho para la admisión del futuro Capuchino —la del testigo Pbro. Miguel Messia, de 60 años de edad— en su respuesta a la cuarta pregunta, dice literalmente: "que tiene noticias de don Agustin Bernardo Gutierrez Ravé y de doña Andrea María Ramos y Gonzalez, padres del dicho don Miguel Alonso, y abuelos paternos del pretendiente; que son y han sido vecinos de la Ciudad de Cordoba; que sabe y le consta por muy cierto gozan del fuero y privilegio de hijosdalgo, que como tales están recibidos, tenidos y reputados, Caballeros notorios de sangre, casa y solar conocido, cuyo privilegio es antiguo en su ascendencia, y como tales han ejercido los empleos de la mayor distincion, como también tiene noticia que cinco tios muy inmediatos de dicho don Miguel Alonso Ravé, padre del pretendiente, son familiares del Santo Oficio de la Inquisicion de Cordoba". (Archivo de Capuchinos de Sevilla).

Hechos los estudios eclesiásticos y ordenado de sacerdote, debió ejercer el sagrado ministerio en España durante algunos años, hasta que los Superiores le destinaron a las Misiones que los Capuchinos Andaluces tenían en Los Llanos de la provincia de Caracas; junto con otros misioneros arribó a La Guaira el 13 de abril de 1795, cuando sólo contaba 35 años de edad.

El nombre del P. Andújar se halla íntimamente ligado a la creación de la Cátedra de Matemáticas en Caracas, la cual tropezó en sus pricipios con grandes dificultades. La iniciativa para su establecimiento corresponde a don Agustín de la Torre, Rector de la Universidad, el cual en 1790 presentó al Claustro un informe acerca del particular. Se hicieron algunas gestiones para llevar a cabo el proyecto, pero hasta el año 1798 no dieron ningún resultado. El Sr. Obispo Fr. Juan Antonio de Viana quería que la mencionada cátedra se estableciese en el Seminario y fuese regentada por un religioso. El Capitán General, don Pedro Carbonell, apoyó al Obispo y, conseguidos los recursos necesarios, "Fray Francisco de Andújar, Capuchino, abrió una Academia de Matemáticas en una casa particular el 24 de junio de 1798, y el 12 de julio lo participó así el Padre Andújar al Consulado y le pidió un auxilio monetario para la compra de instrumentos y para que el instituto pudiera enseñar a alumnos pobres que no podian contribuir con el estipendio con que contribuirían los demás". (L. Duarte Level, Historia Patria, 1911, p. 224).

El P. Andújar con fecha 18 de febrero de 1799 dirigió una carta al Teniente de Síndico don Fernando de Monteverde "comunicándole varios descubrimientos que habia hcho en la Mineralogía y Reino vegetal".

Ignoramos por cuántos años regentó el docto Capuchino la cátedra de matemáticas. En 1800 cuando Homboldt estuvo en Caracas y subió a la Silla del Avila, le acompañó "un joven fraile Capuchino, profesor de matemáticas", que seguramente era el P. Andújar. El mismo Humboldt en carta de 3 de febrero de 1800 hace referencia a la amistad que tuvo con el expresado religioso cuando dice: "Uno de nuestros amigos, el P. Andújar, capuchino, piensa acompañarnos (en el viaje al Orinoco), porque del Apure en adelante no encontraremos nada más que indios y misioneros". (Viaje a las regiones equinocciales, t. 2, p. 445, edición caraqueña de 1941).

En "Las Memorias de José de la Cruz Limardo", publicadas en "El Universal", Nº 7.973, correspondiente al 16 de julio de 1931, se hace un cumplido elogio del P. Andújar. Dice así el señor Limardo:

"Ya de 7 años, en 1794, cuando el señor Viana era Obispo, entré estrenando el bello establecimiento que este Ilustrísimo Señor fundó en el Colegio Seminario, de primeras letras, dirigido por el hábil Matemático Fray Francisco de Andújar, Capuchino. El método sencillo y razonado de este hábil religioso y la abolición de la pena infamante de azotes, hizo ver, bien pronto, que sólo se necesitaba orden y método para enseñar con celeridad. En efecto, año y medio bastó para verme yo ducho y versado en lectura, declamación, escritura y aritmética hasta regla de compañía y aligación. Pasé dos años más con el Maestro por haberme escogido para practicante aliviando sus tareas. Me distinguió sobre todo el P. Andújar, por haber descubierto en mi grande afición al dibujo. Desde luego me ocupó en copias de planos, y me acuerdo que uno de ellos fué para la casa de Barinas de un catalán Carbonell, comerciante. Después he tenido lugar de ver esta casa construída por el plano dicho. Me ensayé en el dibujo de arquitectura y quedó en mí con esto, despierto el genio para esta bella arte".

Y a propósito de planos, nos aseguró el P. Utrera que el plano del pueblo de "Setenta" (Bruzual) fué obra del P. Andújar.

En el acta del Ayuntamiento de Barinas, de 5 de mayo de 1810, relacionada con los orígenes de la Independencia, se hace constar que fueron invitados a la reunión, además de los miembros del Ayuntamiento, otros muchos personajes, y entre ellos "el R. P. Fray Francisco de Andújar, Procurador de las Misiones", quien asistió a la sesión y con otros expuso su dictamen. En el acta de 6 de mayo del mismo año firma el P. Andújar (Mons. Silva, Documentos para la Historia de la Diócesis de Mérida, t. 3, pp. 196, 197 y 202, Mérida, 1910).

Arístides Rojas afirma que Andújar "fué uno de los maestros que tuvo Bolívar antes de su salida de Caracas en 1798", y que al instalarse el Libertador en casa de su tutor "comenzó el Padre Andújar, Capuchino muy instruído de aquella época, a enseñar al niño los rudimentos de religión, moral e historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y captarse la mejor voluntad" (Orígenes Venezolanos, I, p. 310; Leyendas Históricas, II, p. 253).

"La formación literaria del niño Bolívar, su ilustración cívica —añade el hoy prelado carabobeño, Mons. Adam— parece deberse, en buena parte, al ínclito capuchino tan distinguido por los hombres del saber caraqueño. Buen filósofo el fraile, rebosaba en conocimientos matemáticos como rama adherida, para entonces, a los estudios filosóficos. La Real y Pontificia Universidad de Caracas, ensaya la fundación de una Academia de Matemáticas y, por honrosa unanimidad, el Obispo y el Capitán General, lo designan para servir la cátedra.

"El Padre Andújar fué, pues, un estupendo servidor público como capellán o auxiliar del Hospicio de San Juan, como fundador de la cátedra de Matemáticas en la Ilustre Universidad y, luego, como uno de los Maestros de Bolívar. La Patria le debe mucho, probablemente una buena parte de la educación moral de su Libertador cuya voluntad supo ganarse con interesantes y amenas historias. Pero el Preceptor de tan grande hombre ha quedado olvidado en una aldea le-

jana de Venezuela: sus cenizas dignas del Panteón, yacen en el pueblo guayanés de Parapara, sus libros y sus instrumentos de estudios astronómicos, fueron aventados y desgarrados por la soldadesca invasora de aquel pueblo que perseguía para el año 1817 al jefe patriota Piar y su Estado Mayor, quienes visitaron días antes la casa del Capuchino Andújar, para rendir el postrer homenaje al ilustre Maestro del Genio de América.

"De no haber lugar en el Panteón para el Padre Andújar, bien estarían sus restos en esta Iglesia de San Juan Bautista, cuya primitiva Ermita dió amparo al egregio fraile, personaje interesantísimo en la Historia de Venezuela". (Pbro. Dr. Gregorio Adam, *El Padre Andujar, Maestro de los tiernos años del Libertador*, en "El Universal, 24 de julio de 1930).

P. C.
O. F. M. Cap.

INDICE GENERAL DE

"VENEZUELA MISIONERA"

AÑO IV. — 1942.

EDITORIALES

PALABRAS QUE LO DICEN TODO

POESIAS

DE LAS ANTIGUAS MISIONES

LA ORDEN FRANCISCANA EN VENEZUELA

CUENTOS Y TRADICIONES DE LOS INDIOS GUARAUNOS

HISTORIA DE LA MISION DEL CARONI


CONVALESCENCIA
PHOS-KOLA
GRANULADO
PHOS-KOLA
GRANULADO
TONICO
ESTIMULANTE
DOSIS POR DIA
2 A 4 CUCHARADITAS
LABORATORIOS MUSKUS
CARACAS
TONICO Y
ESTIMULANTE
DEL SISTEMA
NERVIOSO
Y MUSCULAR
FORMULA
CADA CUCHARADITA
(3 GRAMOS) CONTIENE:
GLICEROFOSFATO DE SODIO..0.10 GR.
NUEZ DE KOLA FRESCA..0.15 »
INOSITOHEXAFOSFATO
DE CALCIO Y MAGNESIO..0.15 »
AZUCAR
CACAO } C. S. P. 3.00 »

